

## AGENDA CIUDADANA

### AUGE Y DECADENCIA DEL PROYECTO NACIONAL

Lorenzo Meyer

**Definición**- Una desafortunada característica de la vida mexicana actual es la ausencia de grandeza en las ideas y en las conductas de su liderazgo. No es la primera vez que eso ocurre, y aunque saberlo no disminuye la tragedia, alienta el suponer que siempre es posible el cambio de hombres e ideas.

Hace más de ochenta años, José Ortega y Gasset señaló con respecto a España “...la nación, antes de poseer un pasado común, tuvo que crear esta comunidad, y antes de crearla tuvo que soñarla, que quererla, que proyectarla. Y basta que tenga el proyecto de sí misma para que la nación exista, aunque no se logre, aunque fracase la ejecución, como ha pasado tantas veces.” (La rebelión de las masas, Madrid: Revista de Occidente, 1930, pp. 288-289) Años después, y apoyándose en Ortega, Octavio Paz señalaría “la validez de un proyecto histórico [se prueba cuando éste es] capaz de mover las voluntades dispersas y dar unidad y trascendencia al esfuerzo solitario”. Para el poeta, el gran proyecto mexicano fue la Reforma: “La nación mexicana es el proyecto de una minoría que impone su esquema al resto de la población, en contra de otra minoría activamente tradicional” (El laberinto de la soledad, México: 1959, pp. 115).

La idea de proyecto remite a algo que si bien sólo existe en el rango de lo posible, puede materializarse si tiene sentido y alguien asume la tarea de convertirlo en realidad. Así, el proyecto nacional es, en esencia, una gran visión de futuro, generalmente elaborada por una minoría y enmarcada dentro de una ideología. Esta visión sólo puede materializarse –siempre de manera imperfecta– si es capaz de despertar la imaginación colectiva al punto que se le acepte como una tarea trascendente.

**Los primeros proyectos.**- Para Octavio Paz, el gran proyecto nacional mexicano fue el de los liberales del siglo XIX. Y es que la suya resultó ser la primera gran visión del México independiente que pudo consolidarse, aunque ya como realidad dejó mucho que desear. Ahora bien, en México hubo desde antes otros grandes proyectos, incluso antes del período nacional, que es injusto olvidar sólo porque no cuajaron. En cualquier caso, por cada propuesta que se impuso, otras que fueron marginadas o destruidas.

Como un ejemplo de un gran proyecto original y anterior a la nación, está el que imaginaron las órdenes religiosas que desembarcaran en esta parte del llamado Nuevo Mundo en el siglo XVI. Suponían esos monjes que se podía usar la inocencia indígena para dar forma a un tipo de sociedad cristiana que cumpliera con el ideal monástico imposible ya en una Europa corrupta. Gracias a su visión medieval, esos primeros misioneros imaginaron que ellos como guías y protectores y los indios como seguidores inocentes, mansos, dóciles, humildes y obedientes, podrían dar forma a una sociedad guiada por los principios de la pobreza evangélica, un paraíso en la tierra (véase a Enrique Florescano, Memoria mexicana, México, Taurus, 2001, pp. 284-299). Claro que para ello tendrían que mantener a los indígenas fuera del alcance de corruptos y corruptores: los conquistadores, la burocracia del rey y el clero secular, lo cual resultó imposible. Al final, una empresa como las repúblicas-hospitales de Vasco de Quiroga, fue derrotada por la lógica del sistema colonial, y el Reino de la Nueva España no fue, ni por asomo, el reino de Dios en la tierra sino una mera colonia europea.

**La Independencia.**- Los primeros proyectos nacionales surgieron cuando México intentaba nacer como ente autónomo. Uno de los mejores fue aquel que un cura mestizo, José María Morelos, plasmó en un pequeño gran documento: “Los sentimientos de la nación”, del 14 de septiembre de 1813. Se trató de 23 sencillos puntos que resumían lo que la parte más sensible de la insurgencia proponía como futuro: un México

exclusivamente católico, independiente, con el pueblo como soberano y dentro de un sistema político basado en la división de poderes y en un Estado de derecho (“la buena ley es superior a todo hombre”), que moderara tanto la opulencia como la indigencia, aboliera lo mismo la esclavitud que las castas para permitir que la única distinción válida entre las personas fuera la de su carácter. Esta propuesta no tuvo entonces oportunidad de avanzar, pero como señaló Ortega, con sólo existir dio vida a la nación.

El Siglo XIX.- Guadalupe Jiménez Codinach ha publicado una obra que resume los principales proyectos nacionales mexicanos del siglo XIX y sus circunstancias, (México. Los proyectos de una nación, 1821-1888, Banamex, 2001). Consumada la independencia, surgieron y chocaron dos grandes propuestas: una republicana y otra monárquica constitucional. La última se vino abajo temporalmente con la caída de Iturbide en tanto que la primera pareció consolidarse con la Constitución de 1824, pero finalmente ésta también se derrumbó al no poder solucionar el problema de la transmisión del poder. Junto a la lucha de ambas propuestas, y a veces confundiéndose con ellas, surgieron otras dos: la federalista y la centralista, cuyo conflicto persistiría aún después del triunfo formal de una república federal donde los estados se asumieron como “libres y soberanos” (véase a Josefina Vázquez (coord.), El establecimiento del federalismo en México, (1821-1827), México: El Colegio de México, 2003).

El choque de proyectos fue feroz e hizo extremadamente vulnerable al país. Y aunque esa no fue la única causa de la invasión e intervención extranjeras, la sangre derramada en la lucha intestina atrajo a los tiburones imperialistas que atacaron sin pudor. Al final, el desastre nacional fue mayor del que cualquiera hubiera imaginado al inicio. El movimiento de Reforma fue una propuesta de modernización de una minoría ilustrada que elaboró un marco legal radical para encausarla –la constitución de 1857--, pero finalmente el país real no dio para tanto y el liberalismo resultó ser inferior al

desafío. El sistema republicano devino en una dictadura personal -- la de Porfirio Díaz--, el federalismo en una centralización donde el municipio no fue libre ni los estados soberanos, y el ideal de país de clase media laboriosa en una cerrada oligarquía de terratenientes, mineros, banqueros, ferrocarrileros y contratistas del gobierno.

El Siglo XX.- En 1910 la propuesta que despertó el entusiasmo popular no fue la más radical, la de los anarquistas, sino una moderada: la del antirreleccionismo de Francisco I. Madero y su Plan de San Luis. Tras el rápido triunfo y dramático fracaso del maderismo, brotaron las alternativas: el militarismo de Victoriano Huerta y, del lado revolucionario, el agrarismo del Plan de Ayala y el constitucionalismo, que terminaron por plasmarse en la constitución de 1917. Desde el lado de la contrarrevolución, el felixismo no dio para mucho, pero la Iglesia Católica y los cristeros elaboraron una alternativa que apoyaron con sangre y fuego. Al final, el proyecto revolucionario se impuso al clerical no obstante que México era, y es, un país católico.

En tres lustros, el México imaginado por los constituyentes de 1916-1917 evolucionó hasta dar forma a un partido de Estado --el PNR--, luego al “Plan Sexenal” para finalmente desembocar en el cardenismo --Una utopía mexicana le llamaría Adolfo Gilly (México: Era, 2001)--. La idea motora en esa etapa --1934-1940-- fue darle al México del futuro un fuerte cimiento de justicia social --reforma agraria, sindicatos, seguridad social, educación-- y de nacionalismo para superar su condición colonial y la gran injusticia histórica que se había perpetrado contra el grueso de los mexicanos a partir de la conquista europea.

El proyecto nacional de la Revolución Mexicana se hizo realidad después de la II Guerra Mundial. De nueva cuenta, el resultado quedó muy lejos de la idea original. En 1947, Daniel Cosío Villegas, en su ensayo “La crisis de México” (Cuadernos Americanos, n° 2, vol. vi), supuso que era tan grande el golfo entre las ideas revolucionarias originales

y la realidad, que México como nación podía perder su viabilidad y terminar a merced de Estados Unidos. El régimen posrevolucionario nunca aceptó la contradicción entre su marco democrático y social su práctica autoritaria y corrupta y no tuvo una propuesta para superarla. Su discurso se centró en la modernización –industrialización vía sustitución de importaciones, urbanización, educación, salud, etcétera— y en el mantenimiento de los principios nacionalistas para lograr una independencia relativa frente a Estados Unidos. Sin embargo, ese futuro de nación fracasó en 1982 al venirse abajo el modelo económico en que estaba montada.

El Siglo XXI.- Políticamente, el siglo XX se inició en México en 1910 y su conclusión puede situarse en 1988, cuando Carlos Salinas tomó el poder en medio de la ilegitimidad. En un intento de retornar la viabilidad al sistema autoritario, el salinismo propuso cerrar el ciclo de la posrevolución y dar forma a un futuro neoliberal, cuyos principios centrales están resumidos en el llamado “Consenso de Washington” de 1990: centralidad y apertura de los mercados a la competencia global, privatización, disminución del papel económico y regulador del Estado, disciplina fiscal, etc. Todo esto amarrado por un tratado de libre comercio con Estados Unidos. La respuesta inicial al proyecto salinista se reflejó en la modesta recuperación electoral del partido oficial, pero tras el desastre económico de 1995, la oposición volvió a repuntar hasta que finalmente en el año 2000, y tras 71 años de dominio ininterrumpido, el partido de Estado perdió la presidencia y México se aventuró por el novedoso camino de la democracia política.

El Proyecto que se Desdibujó.- El triunfo de Vicente Fox, el candidato presidencial del PAN en el año 2000, pareció ser también el de un proyecto nacional alternativo, uno que había empezado a elaborar Manuel Gómez Morín desde los 1930. Se trató inicialmente de la respuesta de la derecha católica, urbana y de clase media, a la “utopía cardenista”. El centro ideológico de la propuesta resultó ser el concepto de “bien

común” cuyo origen se encuentra en la encíclica *Rerum Novarum* de 1891 y, en general, la doctrina social de la Iglesia Católica que, frente al capitalismo y el socialismo, buscó una tercera vía. El objetivo supuesto era liberar al individuo del yugo estatal y de la corrupción de los aparatos corporativos del partido oficial pero sin caer en el liberalismo vacío; la idea central era la “democracia orgánica” Soledad Loaeza, El Partido Acción Nacional. La larga marcha, 1939-1994, México: FCE, 1999, pp.108-110).

Cuando finalmente en el 2000 llegó el momento de la verdad para la derecha democrática mexicana, su propuesta concreta resultó ser, básicamente, una variante del salinismo. En efecto, al esquema económico neoliberal se le añadió la democratización: elecciones competidas, una real división de poderes, federalismo, transparencia, rendición de cuentas y combate a la corrupción. La meta no era un cambio sustantivo en la estructura social o económica del país, sino un cambio cultural, para hacer realidad el Estado de Derecho en una economía de mercado eficiente.

En perspectiva, el proyecto nacional de los triunfadores del 2000 resultó ser uno de los más modestos de todos los que se han intentado en México. No se propusieron reinventar a la nación, sólo ponerla al día en lo político. Desafortunadamente, en la práctica, el foxismo se topó con una economía de mercado muy deficiente, el crecimiento se detuvo y muy pronto todo el proceso político se empantanó, ya no avanzó el empeño privatizador y la anunciada lucha contra la corrupción terminó en una derrota. La presidencia se debilitó y se desdibujó al grado que apenas cumplido medio sexenio, la energía de los actores se centró en la mera lucha por la sucesión presidencial y el peligro de una regresión de la democracia apareció en el horizonte mexicano.

Para concluir, volvamos a Ortega. Si la mera existencia de un gran proyecto de cara al futuro le da sentido a la nación, entonces ¿qué significa para la nación su

**ausencia? Sin un proyecto digno de tal nombre, México carece de sentido y, por tanto de viabilidad. Hoy la tarea fundamental es volver a ganar nuestro porvenir.**